

hay un abigarrado y sonriente
tapial de enredaderas.

Aquí las rosas tintas
y las puras camelias;
aquí los girasoles luminosos
y las enamoradas madre selvas;
aquí las margaritas, que son almas
errantes de poetas;
aquí los dulces lirios
que son manos de amor, finas y erectas;
aquí las flores todas, que son sílabas
del armonioso verbo de la tierra.

Al llegar, se oyen trinos,
se oye una suave orquestación de ideas.
Entrad los que sepáis que en vuestras almas
los luceros del arte parpadean;
los que sintáis en lo interior los pasos
de una ilusión que llega;
los que en las oquedades de los bosques,
por entre las marañas de la selva,
sintáis vibrar las liras de los árboles
al son de sus canciones de tristeza;
los que sepáis del frío
que punza entre el jergón de la miseria;
los que sintáis la lluvia
del llanto del dolor cómo golpea
sobre la soledad del desamparo
con ruda persistencia;
los que en la tempestad de la injusticia,
cruzando los espacios de la pena,
habéis visto brillar la sierpe de oro
que es látigo encendido: la protesta;
los que lleváis, como florón de gloria,
como nobles presea,
en la marcha anhelosa por el mundo,
una esperanza enhiesta;
los que tengáis sonrisas que ir colgando
de las tupidas rejas
tras de las cuales las traidoras garras
de la perfidia acechan;
los que llevéis el corazón florido,
y colmada de ensueños la cabeza;
los que entendáis por qué fue Don Quijote
esclavo del amor de Dulcinea...

Entrad al jardinillo.
En torno a su constante primavera,
zumban los delicados sentimientos
como rondas de abejas
que recorren los huertos de la vida
libando mieles y aspirando esencias...!

* * *

Y todo ello viene a ser, en resumen,
el grato peregrinaje por los senderos de la
sonrisa y del sollozo. La hiel de la amargura
queda proscrita de la vida para los
que saben sonreír con lágrimas y llorar
con sonrisas.

Lluvia y sol haciendo primorosos arco-
iris en las mañanas apacibles de nuestra
adolescencia, en los mediodías borrascosos
de nuestra juventud y en las tardes
plácidas de nuestra ancianidad.

* * *

No es justo deteneros por más tiempo
ante los escaparates de mi charla.

¡Jóvenes!, que sea vuestra juventud un
campo verde, eternamente florecido de
sonrisas.

Dejad el gesto amargo y el ceño horri-
blemente pensativo, para los viejos del co-
razón que derrocharon ya el tesoro de su
vitalidad en largos y profundísimos estu-
dios entre libros, y no guardaron para
frescura de su pensamiento las rosas de
juventud que el tiempo por sí solo no mar-
chita nunca.

Vuestra preciosa edad es la más arro-
gante sonrisa de la vida.

Se os ha dicho desde esta tribuna en
que he venido a sonreír para vosotros, que
el silencio es de oro.

Se os ha asegurado también desde este
mismo sitio, que el silencio es de brosa.

Tan contrarias sentencias llevan un
fondo de razón, así como entre el soplo
de los vientos encontrados ruedan partícu-
las del mismo polvo que cubre los cami-
nos.

Recoged ambas máximas, pero reco-
gedlas sonriendo; y no olvidéis que ese
oro con que se fabrica el silencio, ha ser-
vido para amasar los ídolos ante los cua-
les la superstición mantuvo siempre atado
el pensamiento humano, y para acuñar las
monedas con que se compra la integridad
de los hombres, la virtud de las mujeres
y la independencia de los pueblos.

No olvidéis tampoco que entre esa bro-
sa que el silencio representa, ruedan hacia
el campo los granos fecundos que el sol